

Modos de leer. Vueltas y revoluciones en la crítica y la historiografía argentinas

Graciela Batticuore

UBA- CONICET

Me interesa empezar los comentarios a este simposio sobre prensa y literatura con una pregunta que está en el horizonte de los trabajos que recién escuchamos y también, creo, de la actualidad: ¿cómo se hacen las revoluciones en el ámbito de la cultura? ¿y en el de la crítica literaria, en la historiografía? ¿por dónde pasan esas revoluciones? ¿cómo intervienen las discursividades escritas, en general, y cómo son atravesadas por la ola de circunstancias político sociales, económicas, por los cambios de mentalidades y de legislaciones que dejan su impacto en las vidas de las personas, en las sociedades?

Los trabajos de María Vicens y Alejandra Pasino analizan aspectos de la prensa local en un extremo y otro del siglo XIX, lo hacen desde dos horizontes disciplinarios diversos, aunque cercanos. En ambos despuntan algunas revoluciones en proceso: una es muy explícita, estruendosa, impacta en el orden político social de 1810 y no puede sino aparecer en primer plano en este ensayo; la otra, más subterránea, avanza como una marea, sigilosa pero persistente, se trata de una revolución en ciernes a fines del siglo XIX, que puede medirse por la cantidad de escritos de y para mujeres que irrumpen en los periódicos de la época, también en la invocación a un público femenino creciente y consistente a esa altura del siglo. Si consideramos solamente el hecho de que los nombres de los publicistas que protagonizan la prensa revolucionaria argentina hacia 1810 son, en su totalidad, masculinos –como pone evidencia el trabajo de Pasino-, queda claro el carácter de esa otra revolución que para realizarse necesitó, primero, reclutar adeptos, persuadir auditorios, delinear un público femenino, forjar una nueva milicia, podríamos decir, antes de dar batalla definitiva en el siglo XX. En ese camino, las secciones femeninas de la prensa moderna –y de la prensa en general- fueron decisivas para probar los tonos, las inflexiones discursivas y persuasivas que elaboran las redactoras en pos de un “colectivo” mujer y de un “entre nos femenino”, como apunta María, con acierto, y quiero

destacarlo. Su propuesta entra en diálogo con otros trabajos señeros que de algún modo vienen explorando la cuestión, no sólo el de Sylvia Molloy sobre la “flexión de género” sino otras intervenciones, como la muy conocida y resonante fórmula de las “tretas del débil”, que acuñó Josefina Ludmer y recordé al leer la propuesta de Vicens sobre estos “espacios de inflexión” en la prensa, que también exhiben tretas o estrategias femeninas para decir lo que abiertamente no se puede aunque hace falta. Molloy, entonces, también Ludmer, pero también las investigaciones de Francine Masiello sobre prensa y literatura en los 80, todas ellas fueron pioneras y abrieron caminos en los estudios de género. Desde entonces hasta ahora, esos y otros muchos ensayos y tesis doctorales (entre las cuales contamos la de María Vicens) pusieron en evidencian la necesidad de reubicar en el mapa de los estudios crítico literarios las producciones periódicas y los escritos de mujeres que habían sido poco o nada estudiados o considerados “menores” en la literatura argentina y también en la historia del periodismo durante mucho tiempo. ¿Podríamos hablar, por fin, de una *torsión de género* que estarían atravesando la crítica literaria y la historiografía actuales, dispuestas a considerar los recursos, las tácticas, las habilidades discursivas de las escritoras o las letradas en busca de legitimación en la prensa, para dar con un público, a través de la hibridez o experimentación de los géneros?

Es evidente que ese pasado y esas protagonistas que frecuenta María Vicens en su ensayo resuenan fuerte en el presente y por eso tiene mucho sentido volver a ellas, ahora mismo, si pensamos, por ejemplo, en el alza de una nueva ola feminista que acompaña hoy, en las calles, las marchas por el “Ni una menos”, el reclamo por la despenalización del aborto, es decir, algunas de las manifestaciones contemporáneas de vanguardia que lideran las mujeres, esta vez “sin dobleces” ni veladuras sino en voz alta o a los gritos, reclamando derechos largamente postergados. No están tan lejos como podría parecer, entonces, aquél pasado y este presente, el antes y el ahora.

Tampoco las reflexiones y los reclamos acerca de “la libertad” del individuo, que llevaron a un conjunto de hombres (y de mujeres “excepcionales”) del 1800, a defender el derecho de los pueblos a *saber* y *conocer* lo que hasta entonces habían decidido sus gobernantes “a puertas cerradas”, a querer derogar las leyes de la Inquisición y del

Antiguo Régimen para develar los “secretos” que regían las formas de intercambio entre el pueblo y el soberano, que imponían el silencio o habilitaban el rumor como práctica política y clave articuladora de lo público durante la colonia. El trabajo de Alejandra Pasino encara estas cuestiones a través de un laborioso cotejo de materiales de prensa, que permiten ver los estrechos vínculos e intercambios entre España y el Río de la Plata, en un momento político clave, de transformación de códigos legales, culturales, de pactos políticos, donde la figura del letrado moderno, podría decirse, está en pleno devenir. La figuración de ese “duende” que se inmiscuye en las tertulias para ver, saber y contar, en la prensa, lo que los ciudadanos necesitan conocer, es significativa y potente como imagen, porque apuesta al lirismo aquello que la realidad no cede con facilidad, quiero decir, el permiso para *saber*, la *libertad* de expresarse, como reclaman los actores principales de los nuevos tiempos. De este modo, el trabajo de Alejandra demuestra que la revolución puso en juego una discursividad profusa en torno a la noción de libertad, la defensa de la prensa libre, la noción de individuo moderno que, vale recordarlo, arrastrarían consigo la noción de propiedad intelectual y el rol de los publicistas como figuras centrales de la nueva dinámica.

La prensa es un “actor político” en 1810, no una mera influencia, apunta Alejandra Pasino en su trabajo. Y con esta consigna se introduce en un *modo de leer* renovado en la *historiografía*, que hunde sus raíces en la historia conceptual o del pensamiento político, como ella señaló, y que sintoniza, agregaría yo, con la historia de la lectura, la cultura impresa y la historia cultural. Por un lado, Pasino sigue a Elías Palti y Horacio Tarcus, en el ambiente local, pero además a Noemí Goldman, Fabio Wasserman, que son sus interlocutores más próximos; por otro, a Skinner y Pocok pero también Robert Darnton, Rocher Chartier, Pierre Bordieu resuenan en las perspectivas culturalistas de este ensayo.

Me pregunto si no asistimos en estos años y, por esta vía, a una suerte de *revolución en los modos de leer y escribir la historia*, un modo de leer que la acercó un poco más a la crítica literaria, en la medida en que la historia política considera ahora, de un modo incisivo, las textualidades, las retóricas, los conceptos, los viejos y nuevos “usos” y “apropiaciones”, la circulación de impresos y escritos, los soportes, el consumo, la

recepción. Factores todos que también fueron relevantes para la crítica literaria en las últimas décadas, que no sólo se dejó tentar e intervenir por la historia cultural (en tanto consideró también las materialidades y las prácticas) sino que tuvo una suerte giro archivístico y fuerte inmersión en la prensa periódica. Desde los años 90 a esta parte es posible visualizar una tendencia de regreso a las fuentes, para situarlas en su espacio de producción, esos donde se publicaron novelas, folletines, crónicas, sobre todo en el siglo XIX pero también en el XX, me refiero a los periódicos.

Se trata, por ejemplo, de volver a leer el *Facundo* para leerlo no tan sólo en el formato del libro sino en el marco de la sección de folletines de “El progreso” de Chile, que nació como un espacio dedicado especialmente a las lectoras pero fue donde se publicó este clásico por primera vez; o de volver a pensar *Amalia* en el marco de la prensa del exilio; o de volver a las *causeries* de Mansilla en *Sud- América* para relevar los inéditos y ver con qué otra clase de escritos dialogan; o volver a la prensa satírica para entender las articulaciones con la vida política; o volver a la leer las crónicas de Martí en la prensa neoyorkina, para descubrir los pliegues de la modernidad, como lo hizo en su momento Julio Ramos. Los ejemplos de producciones críticas en esta línea son muchos, podríamos citar los ensayos de Claudia Román, de Hernán Pas, de Alejandra Laera, de Sandra Contreras, y no puedo dejar de acordarme, también, del plan de tesis doctoral que llegó a elaborar Liliana Zuccotti a comienzos de los 90, el cual llevaba por título “Palabras cruzadas: prensa y literatura”, y daba cuenta de un gesto que calaría hondo en los estudios de crítica literaria. Del lado de acá, de la más reciente actualidad, se me ocurre también hacer referencia a la muestra de María Moreno, “Células madre”, que, por vía de la prensa, ilumina el impacto de las pioneras del feminismo en Argentina.

Todos esos trabajos que se inscriben en el campo de la crítica literaria articularon nuevas hipótesis indagando los lazos entre *prensa y literatura*. Cabe preguntarse, quizá, hacia dónde se dirige ahora mismo esa renovación/¿esa revolución?, que se viene produciendo en las perspectivas crítico literarias e historiográficas desde los años 90 (con el giro lingüístico, con la historia conceptual, con la historia cultural, más recientemente, con el giro autobiográfico, en literatura). ¿Hacia dónde vamos? Acaso sea ésta una

pregunta pertinente, sobre todo si tenemos en cuenta que la revolución no es necesariamente un cambio brusco o violento que nos arroja de inmediato a “otra parte”, sino que etimológicamente el término “revolución” remite a la imagen de un girar de las ruedas, un *volver atrás intentando ir hacia adelante* (eso que atañe al “re” de las vueltas). Conviene saber dónde estamos parados, insisto, en qué parte de esa revolución de la crítica o la historiografía, si es que existe, para ver hacia dónde queremos ir.

En definitiva, creo que estos dos trabajos que provienen de campos disciplinares distintos, muestran los cruces en las tendencias actuales de lectura, los modos de leer que despuntaron la historia política y la crítica literaria desde hace ya varios años: no por casualidad, los dos ensayos, aunque analizan momentos muy diversos del siglo, ponen en juego las nociones de *uso* y *apropiación*, ponen el ojo en la *recepción*, la atención en los *públicos* y el *consumo* pero, también, concentran su análisis en *los tonos*, las *prácticas discursivas*, las maniobras de importación cultural en el siglo XIX. En este sentido, quiero terminar con unas algunas preguntas y comentarios puntuales para cada autora, y después sumamos y abrimos el intercambio con los presentes.

A María: en lo que respecta al “entre nos femenino”, pensaba si te parece que se puede conectar esa imagen con el modo en que Mansilla piensa, al interior de las *causeries*, en el público femenino, en las lectoras. Me acordé de una frase que me encanta de una *causerie* que se llama “En Venencia” y que dice: “cuando escribo pienso siempre en una mujer”. La pregunta es cómo ves vos, entonces, la conexión entre una cosa y la otra, entre ese “entre nos” que irrumpe en las secciones femeninas y las mujeres imaginadas por los escritores en este período. También, si vamos al caso, y ya que estamos, creo que se puede hacer un ejercicio parecido en otros escenarios del siglo y sobre todo en relación con otros escritores: Sarmiento, por ejemplo, que como decía antes, inaugura en los 40 la sección del folletín de *El progreso* de Chile pensando en las mujeres (“es una conversación q quiero mantener con ellas...”, dice en la sección inaugural). Por otra parte, también quería preguntarte, un poco impregnada por la lectura de Alejandra, cómo ves vos la relación (explícita o implícita) que se establece entre los periódicos locales y la prensa o las revistas extranjeras para mujeres, sean

latinoamericanas o europeas, que a veces circulan o de las que tienen noticias muchas redactoras o propietarias de periódicos locales. Porque pienso en el hecho de que estos semanarios rioplatenses a menudo reproducen títulos extranjeros: *La Alborada*, *El correo*, *La ondina*... son títulos que circulan en el escenario continental. Entonces, cómo están funcionando, qué clase de diálogos se establecen con ellos y con las publicistas extranjeras, qué “entre nos” promueven, ¿hay un “entre nos” de escritoras, de corresponsales, en este sentido?, ¿qué intercambios se producen? Por último, me parece importante el tema de la crónica, las cronistas, vos terminas hablando de Brumana y Storni y de una “nueva genealogía”. Personalmente, no sé si me convence la denominación, la idea de que se trata de una genealogía “nueva”. Entiendo que lo que decís es que con ellas se abre otra cosa, la escritora profesional contratada en los periódicos, y también que esas columnas de misceláneas se abren a un género que va a ser transitado por las mujeres después pero no sé si lo sintetizaría en la idea de “lo nuevo”, porque me parece que cierra o separa una cosa de otra, una serie de otra, cuando lo interesante sería ver la *continuidad* y precisar cómo continúa la historia... ¿Qué pasa, por ejemplo, con la transformación de la miscelánea en crónica? O ¿qué puentes se pueden establecer, otra vez, entre el antes y el ahora?, ¿qué continuidades y en todo caso qué rupturas asoman en esas secciones de moda que, a veces, ya antes albergaron crónicas de viaje (pienso, por ejemplo, en las *Misceláneas* q Gorriti lleva a libro lo eran, cuenta viajes y chismes o escuchas en viaje a los lectores)?. Y por último, pienso en las revistas actuales de consumo masivo y comercial: ¿qué hacen con la crónica de moda, cómo la cuentan? ¿Se puede establecer una asociación, traer un poco al presente el siglo XIX? Quizá sea mucho pedir pero sólo lo señalo o comento porque a mí personalmente me interesa este tipo de relaciones, ahora mismo.

En cuanto al trabajo de Alejandra, me parece fundamental poner en juego la noción de “uso” y “apropiación” para pensar este período, es decir revisar los usos políticos de la lectura y la escritura, también esa mirada en espejo con Europa (un espejo, a menudo, de un espejo invertido o deformante), en un contexto de cambios de mentalidades tan virulento como es el del 1800; un contexto, también, lleno de

idealismos, dilemas, contradicciones, en el cual la lucha por el sentido, las luchas que se entablan en el lenguaje son tan importantes como la que se libran en el campo de batalla. El trabajo de Alejandra me hizo acordar, por momentos, a la expresión q usaban los románticos – que, no por nada se creyeron “revolucionarios” y “herederos de los padres de Mayo” (por eso hablaban de: “nuevas ideas)- cuando defendían “la guerra de los papeles” (expresión que utiliza Mármol en *Amalia*). Ellos pensaban que la guerra se libraba no sólo en el campo de batalla sino en la prensa diaria y en las versiones de la historia que podían dar unos y otros. Entonces, me parece que, en definitiva, hay algo en la lucha revolucionaria (y quizá en la guerra de bandos, en general), que es *la lucha por el sentido de ciertos términos*, de ciertas palabras (: la palabra patria, libertad, propiedad, son términos cuyo valor entra en disputa en ese cambio de paradigma). Esa lucha se lleva adelante también con usos y torsiones o desvíos y distorsiones, que tienen que ver con las retóricas de persuasión ante los lectores y el pueblo. Monteagudo o Agrelo quitan una palabra al artículo que reproducen del *Duende* y lo desvían, en favor de la idea emancipadora. O sea, torsionan y distorsionan el sentido original de los textos que citan o eluden citar, importados del viejo mundo. Entonces, se podría decir que en este contexto también se juegan otras “tretas del débil”, q no son aquí tanto las de las mujeres (aunque, también, me pregunto si no se podría hurgar un poco más en este sentido), son las tretas la de un grupo de letrados americanos que intenta hacer decir al otro lo que ellos necesitan, para convencer a los lectores de las ventajas de los nuevos principios, de la necesidad de introducir también nuevas normas y costumbres. El trabajo de cotejo en los archivos periodísticos de España/ América para visualizar esos sistemas de préstamo es fundamental en este trabajo: cómo Monteagudo le hace decir a los textos que toma del *Duende* otra cosa, por ahí pasan *las tretas del revolucionario*, entonces. Pero no sólo me acordé de Ludmer sino de Molloy en su lectura de Sarmiento (“El lector con el libro en la mano”, donde analiza a Sarmiento lector), cuando dice que él traduce mal o a su antojo, o a su modo, y que realiza lo que llama una lectura desviada, que es muy propia del lector americano y su relación con el saber europeo. En ese desvío nace lo nuevo, lo propio del escritor americano, pero parece que no hay que esperar para eso a Sarmiento sino que

ese gesto del desvío es también un ardid, *una treta emancipadora*, que describe un *gesto fundacional* que está presente desde “los comienzos”, en los letrados revolucionarios. Por último, quisiera pedirle a Alejandra, nada más, si puede ampliar un poco la referencia a los libros prohibidos en el contexto revolucionario que estudia: ¿cómo circularon en la biblioteca de estos personajes? Me interesa saber si hay referencias en cartas o en otras fuentes, porque yo pensaba sobre todo en ese interín que va de 1810 al 12, en que se inaugura la Biblioteca Pública de Buenos Aires, se catalogan los libros y se encuentra que hay muchos prohibidos que entran al catálogo de la biblioteca recién fundada, fundándose, pero que no están –y menos, estuvieron- habilitados para leer. La relación entre *prensa, libros y bibliotecas* en ese momento revolucionario me parece que da cuentas de los ideales y las limitaciones de un contexto tan cambiante, violento, colmado de urgencias, como es el de las dos primeras décadas del siglo XIX.